

D.F., por Siempre!

¿DEVOCIÓN MATA CULTURA?

*“...puesto que las guerras principian en la mente de los hombres,
es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz.”*

Don Jaime Torres Bodet, 1945

Por: José Alfonso Suárez del Real y Aguilera

Invocando medidas de “austeridad” la administración de Felipe Calderón determinó cerrar la Misión de México en la UNESCO, tras más de sesenta años de actividad ininterrumpida a favor de la educación, la ciencia y la cultura como instrumentos efectivos a favor por la paz.

Con esta indignante decisión, una vez más se comprueba el recurrente desprecio del titular del Ejecutivo federal a nuestros legados culturales, y se constata la incongruencia de una política exterior sin arraigo y legitimidad en los valores propios de nuestra Nación.

El papel de México en la fundación de la UNESCO es motivo de un profundo orgullo. Muchos de nosotros conocimos en las aulas, y a través de los libros de texto gratuito, la extraordinaria hazaña cultural que México emprendió para conformar un organismo internacional que a través de la educación, la ciencia y la cultura se constituyera en un “baluarte de la paz”, -como lo definió Don Jaime Torres Bodet- para impedir, después de la II Guerra Mundial, que se repitieran *“de nuevo las monstruosas desviaciones que llevaron a los pueblos a resolver su crisis por la violencia”*.

Este valioso instrumento de paz, concebido en Londres en noviembre de 1945, contó con la profunda convicción cultural y pacifista de Dn. Jaime Torres Bodet, Secretario de Educación Pública de nuestro país, quien desde sus primeras intervenciones, a la par de universalizar la premisa juarista del respeto al derecho ajeno, aportó a la comunidad internacional el programa educativo, científico y cultural que su mentor, Don José Vasconcelos, había impulsado junto a las mentes más brillantes de la República Cultural a favor de la construcción educativa de la Revolución Mexicana.

Los aportes de México a la conformación de la UNESCO, le merecieron el reconocimiento de los países miembros, en la figura de Torres Bodet, a quien nombraron segundo Director General del organismo por el periodo de 1948 a 1952.

A lo largo de los más de sesenta años de existencia de este organismo internacional, la Misión Mexicana, clausurada por Calderón, ha visto pasar por sus oficinas a intelectuales de la talla de Antonio Castro Leal, Silvio Zavala, José Luis Martínez,

Víctor Flores Olea, Luis Villoro, Miguel León-Portilla y Homero Aridjis (su último ocupante), a políticos como Porfirio Muñoz Ledo o académicos como Eugenio Todd, Javier Barros Valero y Pablo Latapí.

Mención especial merecen tanto la declaración sobre políticas culturales que nuestro país auspició en 1982, como la “Convención para la Protección y Promoción de la Diversidad de Contenidos Culturales” de 2005, así como el excelente papel que entre 1994 y 1998 desplegó la Dra. Lourdes Arizpe como Subdirectora General para la Cultura de este organismo internacional.

Otros resultados relevantes del desempeño de la Misión de México en la Sede de la UNESCO son, sin género de dudas, las 25 declaratorias de Patrimonio Cultural de la Humanidad, obtenidas a favor de señeros hitos culturales de nuestro país (Centro Históricos, Zonas Arqueológica, Campus de la UNAM, etc.); las cuatro declaratorias de Patrimonio Natural de la Humanidad y los 30 sitios declarados “Reservas de la Biosfera” que la UNESCO reconoce, y por tanto protege.

Pese a todos estos logros, la administración de Felipe Calderón, bajo peregrinos criterios economicistas, sustenta una decisión insostenible, sobre todo, cuando uno constata que existen otras alternativas de ahorro dentro de la misma Cancillería, como son la fusión de algunos consulados en territorio estadounidense, o bien de embajadas simbólicas, como la del México ante el Estado Vaticano en la que, con toda tranquilidad y dignidad, nuestro representante ante la República Italiana puede asumir los compromisos protocolarios ante la Santa Sede.

Evidentemente, esta última opción, es inaceptable para los inquilinos de Los Pinos, pues, con los tiempos que corren, resulta más que evidente que su confesión religiosa no puede sujetarse a criterios tan terrenales como la austeridad, aunque con ello sacrifiquen a la cultura nacional.